capítulos finales. Como apéndice incluye el padre Núñez un cuadro sinóptico de autores hispanoamericanos.

Literatura colombiana es un libro útil, adaptado a las necesidades pedagógicas; pero encontrará lectores fuera de la escuela y del Instituto. Suponemos que el padre Núñez continuará su empresa de historiador, con la misma suerte que en ésta, en obras anunciadas. Como españoles hemos de agradecerle palabras muy generosas.

A. C. P.

HACIA UNA NUEVA ESTILISTICA

Hace seis años apareció en la Colección "Insula", de Madrid, la primera edición, pronto agotada, del gran libro de Carlos Bousoño *La poesía de Vicente Aleixandre: Imagen. Estilo. Mundo poético.* Su autor, uno de los jóvenes maestros de la escuela estilística de Dámaso Alonso, publica ahora, en la Biblioteca Románica Hispánica, de la Editorial Gredos, una segunda edición muy aumentada y revisada, con novedades de profundo interés. Por lo pronto, la estructura del libro, tal como ahora se nos ofrece, es distinta de la que mostraba en su forma primitiva. En nota inicial nos explica Bousoño los motivos que le han obligado a ese cambio, y que se apoyan, esencialmente, en el nuevo enfoque que debe darse, según Bousoño, a los estudios estilísticos. No cree nuestro joven crítico que pueda entenderse una *forma* poética si no se la contempla como emanada desde un *fondo*, ya que fondo y forma son, en una obra literaria, algo interdependiente y fundido en ella. Pero ese *fondo* de que habla Bousoño no es sino la concepción que tiene el poeta del mundo y de las cosas, es decir, su cosmovisión, la cual estará siempre presente, quiéralo o no el poeta, en su propia obra.

La nueva e interesante tesis de Bousoño es que aquella cosmovisión del poeta fatalmente determinará no sólo el contenido de su poesía, es decir, su metafísica, sino también la peculiar expresión de su obra, es decir, su estilo. Y, a su vez, esa cosmovisión, que el crítico tendrá que captar y mostrar, no podrá explicarse del todo si el crítico no posee un conocimiento suficiente de la vida y la psicología del poeta cuya obra intenta estudiar y presentar al lector.

Como se ve por lo ya apuntado, Bousoño realiza ahora una rectificación de fondo de sus ideas anteriores sobre estilística, y mantiene una posición que no dejará de suscitar polémicas. Mientras en sus anteriores trabajos de crítica lo que le había especialmente interesado era la obra literaria en sí, el poema como un orbe cerrado y completo, que podía estudiarse científicamente, tal un cuerpo químico aislado bajo la mirada de un analista, Bousoño sostiene ahora que la estilística se equivocaba al ignorar la personalidad del poeta y al limitarse al estudio científico de la obra. Por el contrario, afirma Bousoño en su nuevo libro, la personalidad del poeta, su cosmovisión, han de ser tenidas en cuenta por la nueva estilística si quiere llegar hasta el fondo radical, hasta el sentido pleno y totalizador de la obra de arte. Con lo cual Bousoño parece volver a la vieja frase: "El estilo es el hombre"—aunque rectificada así: "El hombre está en el estilo"—, y dar la razón al grupo de filólogos actuales—un Spitzer, un Nöhl, un Körner—, que defienden la doctrina de que la forma, el estilo de una obra, es un resultado del fondo, es decir, de la personalidad del poeta: de su cosmovisión. Actitud que es, en suma, la misma de Herder, con su concepción romántica de que la literatura de un pueblo es la expresión de su personalidad.

Ahora bien: la tesis de que la obra literaria hay que verla en función de la personalidad de su autor, encuentra una objeción seria en el hecho de que no todo lo que hay en un poema es original de la personalidad de quien lo crea. Así, el lenguaje de un poeta puede no ser enteramente original. Y también puede ocurrir que el poeta refleje en sus poemas un contenido asimismo ajeno. Pero Bousoño sale al paso de esta objeción, advirtiendo que por personalidad de un autor no debe entenderse sólo su *yo* íntimo, sino también su *yo* social, y a esa región del *yo* social hay que hacer responsable de lo que en un poema existe de no característicamente original. Resumiendo: Bousoño propugna ahora una estilística que arranque de la relación estrecha entre fondo—personalidad, cosmovisión—y forma—estilo—, pero partiendo de una concepción amplia, no rígida, de la personalidad del poeta. Y como las peculiaridades expresivas de una obra literaria, de un poema, vienen determinadas por la peculiar cosmovisión de su autor, es claro que el crítico se verá obligado a explicar si es posible el proceso de esa cosmovisión. De lo cual se deduce que un conocimiento a fondo de la vida y la psicología del autor ayudarán al crítico que desee ofrecer una explicación completa y radical de la obra.

Lo que defiende, pues, Bousoño al sostener estas ideas es el

paso de una estilística descriptiva y puramente analítica y científica a una estilística explicativa y menos aséptica, que no desdeñe; antes al contrario, penetrar en la personalidad del poeta y aun en su intimidad. Tal reacción contra cierto exceso de cientifismo deshumanizado, de que venía pecando la estilística—o al menos parte de ella—, no puede menos de agradarnos. La estilística matemática —como la poesía químicamente pura, de hace treinta años—había llegado a extremos peligrosos, que rozaban ya lo delirante, y que a veces nos hacían buscar, como un fresco rocío, como un descanso reparador, la crítica trémula y humanista, prodigio de sencillez y de comprensión, del viejo maestro *Azorín*, que tanto nos enseñó en nuestra juventud. Aunque sepamos que esa crítica no nos baste hoy y queramos ir más allá en el estudio del estilo.

Como hemos indicado al comienzo de este artículo, la nueva posición de Bousoño—quien en estos momentos prepara una revisión total de su otro gran libro: *Teoría de la expresión poética*—le ha obligado a aumentar considerablemente, en su estudio sobre la poesía de Aleixandre, la parte dedicada a exponer—lo que hace con mirada profunda de crítico—la cosmovisión del poeta, que ahora ocupa los cuatro primeros capítulos del libro, y en los que vamos siguiendo cuál es la concepción del mundo y de las cosas que revelan los libros de Aleixandre, desde *Ambito* y *Pasión de la tierra* hasta su más reciente obra: *Historia del corazón*, publicada en 1955. De este modo se nos revela cómo lo que caracteriza esencialmente la visión del mundo que entraña la poesía de Aleixandre es su unidad integradora, lo que Bousoño llama "la pupila totalizadora" del poeta. Si nos admira el profundo análisis que hace Bousoño del mundo poético aleixandrino en estos capítulos, estamos también de acuerdo con él cuando afirma que Aleixandre es uno de los poetas que ha lanzado sobre el universo una mirada más vasta y coherente.

No tengo ya espacio sino para apuntar el interés apasionante de las otras partes del libro de Bousoño, en las que son analizados con penetración clarificadora temas como la imagen y la visión en la poesía de Aleixandre; el versículo aleixandrino—tan característico del gran poeta, y que Bousoño somete por primera vez a normas—; la sintaxis, con sus módulos peculiarísimos; la génesis y la estructura general del poema en Aleixandre; y, en fin, el tema de las fuentes de la poesía aleixandrina, así como el influjo que, a su vez, ésta ha ejercido en la poesía posterior. Vemos por vez primera estudiada con rigor la impronta que ha ejercido Aleixandre en la poesía de Miguel Hernández.

En suma, el libro de Bousoño, por las novedades apuntadas y por el análisis creador y penetrante de la poesía aleixandrina que contienen sus páginas, debe ser considerado como una obra capital de nuestros estudios científicos, y, por supuesto, punto de arranque imprescindible para toda mirada crítica posterior sobre la poesía de Aleixandre.

JOSÉ LUIS CANO

ALFREDO MARQUERIE Y LA LITERATURA CIRCENSE

El escritor Alfredo Marquerie ha aprovechado sus últimas vacaciones veraniegas para *irse con el circo*. Su idea era escribir algo así como un diario, un reportaje vívido y caliente de las cosas que le suceden a esa inefable y deliciosa grey de la pista bajo el cielo circular de la carpa. Alfredo Marquerie, ya se sabe, es un escritor inquieto, que ha pulsado todos los naipes de la gran baraja literaria, asomándose un día a la ventana de la novela, encaramándose de pronto por la difícil cucaña de la poesía, tomando, con rigor y tino, la gran batuta de la dirección escénica o llevando el gato al agua en su cotidiano cometido de la crítica teatral. Pero, además, y esto es lo que interesa aquí, Alfredo Marquerie ha sido siempre, de una manera constante y uniforme, un enamorado del circo, un fiel amante del "¡Hop!" final de todos los ejercicios, en donde se conjugan, de una manera gradual, belleza, pintoresquismo y arrogancia. Era previsible, por tanto, el que un día u otro Alfredo Marquerie nos obsequiara con un libro de este jaez, en donde, a más de relatarnos la siempre sugerente atmósfera circense, nos llevase de la mano por los recovecos de sus poéticos puntos de vista personales sobre la materia con el garbo y la maestría propios de la firma.

Un mes con el circo es el título del libro escrito como consecuencia de esas vacaciones veraniegas, que ahora acaba de editar Taurus Ediciones. En él, Alfredo Marquerie traza el apunte gracioso y espontáneo que tal vez pudiera servirle de cañamazo o guión para escribir un libro de más acusada extensión. Porque es verdad que nos sabe a poco su lectura, que nos parece exiguo para lo que en él podría decirnos su autor.

Leyendo *Un mes con el circo* nos asalta la impresión de ir cono-